



<p>SE PUBLICA UN CUADERNO SEMANAL.</p> <p>PRECIO: UN REAL al recibir el número.</p> <p>J. CASTRO, EDITOR PROPIETARIO.</p>	<p>DIRECTOR ENRIQUE RODRIGUEZ-SOLÍS, CON LA COLABORACION DE LOS PUBLICISTAS MÁS DISTINGUIDOS DEL PARTIDO.</p> <p>Administración: Tabernillas, 8.—Madrid.</p>	<p>CADA TRIMESTRE SE REGALARA UN ELEGANTE TOMO DE UN A OBRA NUEVA de reconocida importancia y utilidad.</p>
<p>AÑO II.</p>	<p>MADRID 19 DE JULIO DE 1872.</p>	<p>NÚM. 23.</p>

SUMARIO.

TEXTO.—A nuestros suscritores.—La crisis permanente, por Nicolás Salmerón.—Establecimiento de una *Commons* en el siglo XI, por Luciano García del Real.—Francisco de Paula Cuello, por J. Ruiz y Miquel.—La guerra civil, por Joaquín Riera.—Efectos del fanatismo, por Javier Alvarez Linde.—Estudios prehistóricos, por Mariano Lerroux.—Costumbres científico-sociales, por J. Lopez Ocaña.—Crónica extranjera, por L. R. Fera.—Cantares, por Lisso.—Revista general, por E. Rodriguez-Solis.—París en América.

GRABADOS.—Tip a portugueses: el marinero.—Colegio de San Pio V: Valencia.—Vista de Panamá.—Tipos portugueses: vendedora de pescados.

A NUESTROS SUSCRITORES.

La publicación de nuestro Semanario no tuvo ni pudo tener por objeto el lucro y la ganancia, sino la propagación de los principios que constituyen el credo republicano federal.

Deseosos de introducir algunas mejoras, anunciamos la publicación de dos ediciones, una de *lujo* y otra *económica*; pero esta reforma parece haber herido la exquisita susceptibilidad de algunos correligionarios, que creían observar en ella alguna desigualdad.

¿Qué hacer en este caso? ¿Desistir de nuestra idea? Antes al contrario, hemos pensado realizar una empresa, que como nuestros abonados podrán ver, representa un nuevo e importante sacrificio.

En el próximo mes de Agosto y sucesivamente en cada

trimestre del año, regalaremos a los suscritores de LA ILUSTRACION un elegante tomo, que contendrá una obra SIEMPRE NUEVA y de reconocida importancia y conveniencia para nuestros estimados suscritores.

Como una prueba de esta verdad, la obra que regalaremos en Agosto es un importantísimo trabajo debido a la pluma del conocido escritor francés Julio Barni, y que lleva por título *Manual del republicano*, verdadera obra de instrucción y recreo para todo aquel que ansie conocer los principios democráticos y crear verdaderos y justos republicanos. Del mérito y de la utilidad de la obra que anunciamos, podrán juzgar nuestros abonados con solo leer los títulos de algunos de sus capítulos, entre los cuales citaremos los siguientes: *¿Qué es República?*—*¿Qué es Libertad?*—*¿Qué es Igualdad?*—*¿Qué es Fraternidad?*—*La virtud en la República.*—*El Sufragio universal.*—*La Instrucción pública.*—*El Municipio.*—*El Socialismo, etc., etc.*

Creemos que este pequeño obsequio que hacemos a nuestros suscritores será comprendido y estimado en lo que vale, logrando así que no llegue nunca a faltarnos su apoyo, cuando nuestro solo y único deseo es merecer su estimación, única y sola recompensa a que aspiramos.

Para difundir aun más, si es posible, los salvadores principios de la escuela republicana federal, hemos resuelto hacer un nuevo sacrificio en beneficio del público.

Todo el que se suscriba nuevamente á nuestro periódico, recibirá la coleccion completa de los números publicados por la mitad de su valor, ó sean 48 números que componen el año primero, por 24 rs. Dirigirse directamente á la Administracion, J. Castro, Tabernillas, núm. 8, ó bien por medio de nuestros corresponsales.

Los nuevos suscritores tienen derecho á recibir *grátis* el magnífico tomo que hemos decidido regalar cada trimestre.

A esta obra seguirán otras nuevas, así de autores españoles como extranjeros, logrando de este modo que sin desembolso de ningún género, lleguen á poseer nuestros suscritores una bella, instructiva y notable biblioteca.

LA CRISIS PERMANENTE.

Años há que cuantas situaciones se constituyen en España, se reconocen por todos como transitorias; y, amagados á cada instante de muerte, no aciertan á realizar nada sólido ni definitivo, arrastrando una efímera existencia.

Y es que, fundados los gobiernos constitucionales en la libre manifestación de la opinión pública y en la decisiva influencia de esta en la dirección de la sociedad, no se ha acertado aun, en nuestra patria, ó mejor dicho, no se ha querido que esta suprema condición se cumpla.

En tales circunstancias, ¿qué otro estado es posible más que la crisis permanente? Puede una situación durar cuatro, cinco ó más años; pero llevando la crisis siempre consigo, cuanto más larga sea su existencia, tanto mayor es la impotencia á que se halla condenada. La cosa es bien sencilla, sin embargo, porque se necesita para vivir no hacer nada, no pensar nada contra la reacción, siempre poderosa; y no es dable tampoco en nuestro tiempo marchar contra la opinión sin que un gobierno peligre.

El mal es grave: las sociedades no pueden vivir por mucho tiempo en la incertidumbre y en el desasosiego que estas continuas alternativas y estos juegos con la opinión pública producen. ¿Pero cuál es el remedio?

Los partidos políticos parecen destinados en el régimen representativo á facilitar el progreso, formulando soluciones que puedan practicarse cuando, mediante la libre manifestación de las ideas, sean aceptadas por la sociedad y reconocidas como justas y convenientes.

Condiciones se necesitan para ello.

Es indispensable que se respete el derecho de asociación, para que todos los ciudadanos puedan concurrir pacíficamente á la constitución de esas entidades que, representando un sistema de gobierno, lo ponen diariamente á la consideración del país, á fin de que los principios que proclaman vayan penetrando en su vida y la renueven sin cesar; que solo así puede cumplirse racionalmente el progreso.

Si los que dirigen los pueblos comprendieran la grandeza de la renovación providencial que bajo la mano de Dios se opera incesantemente, prestarían á ella su concurso, y la humanidad avanzaría por el camino de su perfeccionamiento como una sociedad de sabios, sin trastornos violentos ni sangrientas luchas.

La oposición necesaria en la vida se manifestaría libremente en tendencias distintas, pero no contradictorias; no lucharían la reacción y la revolución, creyendo todos en la ley eterna del progreso; no se haría de la opinión arma de gobierno, ni de la violencia escudo de la justicia, reconociendo todos la libertad y respetando todos el derecho.

Mas esto, que no pasa hoy de ser un noble presentimiento, y que pedirlo ahora y en nuestra patria sería caer en la utopía, si no pueden los gobernantes realizarlo, deben sí proponérselo como fin de sus aspiraciones, como ideal de sus actos.

Allí, donde esto se reconoce, donde los gobiernos siguen esta saludable ley de conducta, las crisis que el movimiento social produce no ponen en peligro las instituciones existentes, ni alteran el orden, ni perjudican el progreso. Inglaterra y Bélgica ofrecen ejemplos de esta prudente y bienhechora política.

Pero donde como en España parecen los gobiernos destinados solo á reprimir el libre desenvolvimiento de las fuerzas individuales y sociales; donde, lejos de ser la encarnación de la sociedad, pretende el poder convertirse en señor arbitrario, no hay adelanto posible sin revolución.

La libertad amenazada constantemente por la reacción, el orden inseguro por la violación del derecho, tal es la situación deplorable á que condenan á los pueblos los poderes que se niegan con torpe resistencia á favorecer aquel movimiento providencial de renovación y perfeccionamiento. La crisis está en la entraña de estas instituciones, que se oponen á la ley del progreso.

Hubo un tiempo en que las sociedades la cumplían por instinto; en nuestros días se realiza con conciencia. Por eso se hacen responsables ante la humanidad los que, conociéndola, la niegan ó contrarian; por eso también, sobre la esfera de la estricta legalidad que modelara un antiguo orden de cosas, existe una legalidad más alta y respetable, la que constituyen las leyes racionales de la vida, la cual es violada por aquellos que, inmediatamente, pretenden impedir el cumplimiento de los fines humanos.

A los que nos llaman revolucionarios y de este apellidado se valen para proscribirnos y condenar nuestras doctrinas, debiéramos preguntarles si han pensado alguna vez en lo que es y significa la revolución. Y de seguro que ellos, que sostienen y alimentan la crisis perpétua, donde todos los males se condenan, y todas las pasiones se combaten, y todas las ambiciones se despliegan, y todas las iras se desatan, y toda la corrupción se amontona, no sabrán qué decir, como no sea lo que en sus ojos ictericos ven.

¿Qué es la revolución?

Un progreso que se realiza en la vida de la humanidad de una manera violenta, porque las pasiones humanas se oponen á la transformación regular de las instituciones y de las creencias. Decid ahora cuál será el

remedio de la crisis permanente que puede afligir á las sociedades.

La cuestion es grave, como el mal que debe extirparse.

Piensen friamente nuestros republicanos en ella; y en vez de proibir á los que dan generosamente la voz de alerta, á los que, uno y otro día, inspiran en la sociedad las ideas que han de regenerarla, aprendan que nuestra salvacion está en el triunfo de la justicia, en la realizacion pacífica del progreso.

Si los gobiernos persisten en rechazar toda reforma liberal; si pretenden prevenir la revolucion con medios represivos; si ciegos, desconocen la fuerza incontestable de las ideas, entonces continuará la crisis, y no es fácil predecir la solucion.

Recordad al ménos los que teneis al partido republicano por una plaga, que va á cumplir medio siglo que decia uno de los pontífices del doctrinarismo en Francia: «La República corre á torrentes por la sociedad europea,» y la humanidad no retrocede, ni las ideas desaparecen hasta que han dado su legítimo fruto.

No olvideis lo que en el seno de la Representacion nacional habeis dicho alguna vez:—«El porvenir es de la República;» y ya que disponéis de lo presente, si quereis hacer una obra meritoria, preparad lo porvenir que resolverá vuestras crisis.

NICOLÁS SALMERON.

ESTABLECIMIENTO DE UNA COMMUNE EN EL SIGLO IX.

(ESTUDIOS HISTÓRICOS.)

II.

En el texto de las cláusulas postreras que hemos citado, harto se echaba de ver la mano dominante de los señores: así es, que ciertos murmullos hubieron de acogerlas con augurios poco tranquilizadores. A nadie sino al señor habria de ocurrírsele la idea de alejar á los pobres del seno de la comunidad por temor de insolencia.

Terminada la lectura de las disposiciones de carácter general, el cónsul procedió á la de otras muchas, ya relativas á intereses de la mercadería, ya á las artes mecánicas, ya á la policía de la villa. Despues hubo de enumerar otras, cuyo buen sentido y rectitud obtuvieron preferentemente la aprobacion de los ancianos; por ejemplo:

«Los comerciantes á quienes se deba, sin que sea fácil obtener el pago de sus débitos, podrán embargar por sí mismos los muebles del deudor y cobrarse en ellos; debiendo dejar, sin embargo, las ropas, los instrumentos de labor y las puertas, para cerrar la casa.»

Otras hubo cuya notoria barbarie venia siendo de inevitable necesidad, en medio de aquel siglo de hierro; *verbi gratia*:

«Si sobreviene un proceso entre dos vecinos, estos podrán batirse, á fin de dar á conocer su derecho, por medio del duelo: el más fuerte, el más diestro, ó el más

afortunado ganará el pleite; y si uno de los litigantes se niega á combatir pagará una multa.»

Y para que se vea la ignorancia de aquella época, y hasta qué punto son necesarias al pueblo la educacion y la instruccion, si ha de gozar cual debe del beneficio de la igualdad política y social, la cláusula que acabamos de transcribir fué una de las más aplaudidas. ¿Y por qué? Porque aunque fuese bárbara, les equiparaba á los nobles.

No obstante, otra la seguía, que estuvo bastante lejos de obtener tanta aprobacion, con especialidad por parte del bello sexo. Héla aquí:

«Todo vecino podrá imponer penas corporales á su mujer, á sus hijos, á sus hijas, aunque se hallen casadas, y á sus servidores, hasta causarles heridas inclusive. Cuando la correccion se considere demasiado rigurosa, el que castiga jurará solemnemente haber obrado con buena intencion. Se prohíbe el uso del hierro.»

Pero es más curiosa, y sobre todo, mejor da á conocer el espíritu de aquel siglo y la constitucion de aquellas sociedades, la cláusula que sigue:

«Si un vecino se querellase con otro, libre ó siervo, podrá llamarle ladrón, truhan, y aun apostrofarle con otras injurias, pero no podrá poner la mano sobre él.»

Extensa por demás era la *Carta*, y si hubiéramos de detenernos á consignar punto por punto los de su contenido íntegramente, no habrían de bastar al objeto los límites de este reducido trabajo.

El cónsul lector añadió estas palabras al dirigirse á la multitud:

—Nada nos falta ya, mis buenos amigos, sino la aprobacion de monseñor el rey. Podeis creer que la alcanzaremos sin sacrificio alguno. No os ocupeis de otra cosa que de vivir tranquilos en vuestras casas, puesto que nosotros, los magistrados que habeis tenido á bien elegir, velaremos por la seguridad de todos y por las libertades de la comunidad. Nosotros cumpliremos nuestro deber. Cumplid vosotros el vuestro.

Unánimes y prolongados aplausos volvieron á resonar en el ámbito de la plaza y calles adyacentes, con vi vas á los cónsules y á la comunidad, y en seguida se paoedió á prestar el solemne juramento, propio del caso, sobre un libro de horas que el cónsul decano colocó abierto junto al estrado.

Los vecinos extendieron sus manos hacía el libro, imitando á los cónsules y á los nobles aliados, y repitióse con unánime y alta voz la fórmula de la *conjuración*, dando lugar á que muchos se enternecieran, no sabemos si por lo risueño de las esperanzas ó por lo triste de los temores. Bien podríamos atenarnos á uno y otro, recordando las lágrimas que siete siglos más tarde derramaron tambien muchos de los autores del juramento del *juego de pelota*.

El cuadro desarrollado á la vista del lector ofrece una enseñanza que creemos muy digna de tenerse en cuenta, hoy que la existencia de la *Commune*, fugaz como un meteoro, continúa prestándose á las más apasionadas controversias y al detenido estudio de los hombres políticos.

No envolvía, á la verdad, un decisivo progreso, un adelanto notorio, atendida la rudeza del siglo xi el es-

tablecimiento de las comunidades, á la manera que lo hemos presenciado. Pero si consideramos que era un paso preparatorio de trascendencia inapreciable.

La *Commune* daba el golpe primero al sistema feudal, á la aspillerada fortaleza del absolutismo; golpe de ariete, que secundado por otros y otros, habia de ser desastroso, dejando impresa en la fortaleza la huella de los huracanes.

Nuestros comuneros del siglo xvi, nuestros heroicos Padilla, Bravo, Maldonado y demás compañeros de martirio, fueron muchísimo más allá que los comuneros

franceses, logrando, con el riego de su sangre, robustecer y dar fruto imperecedero al árbol santo de nuestra libertad.

Los de 1871 heredaron la idea, perfeccionándola, ampliándola y enaltecéndola. La *Commune*, al levantarse, exigiendo y realizando la organizacion federativa, es decir, la autonomia soberana de la provincia, la del municipio, la del hombre, ha reclamado en consecuencia, la accion libérrima de los ayuntamientos, ha querido llevar la libertad á todas las esferas sociales, ha aspirado á la absoluta emancipacion política y adminis-



TIPOS PORTUGUESES.—EL MARINERO.

trativa. Ha querido difundir la sangre por todo el cuerpo social, á fin de evitar su corrupcion aglomerándola sobre el seno; ha pretendido asegurar la soberania de cada parte en el todo, de cada pueblo en la nacion, de cada elemento en la sociedad.

Ha querido la omnimoda libertad de conciencia, juntamente con la de ensenanza; ha proclamado los derechos de la personalidad humana, en su pristina pureza, esto es, manifestados con toda la integridad del sufragio. Ha reclamado la reorganizacion de la propiedad, afirmando el derecho de todo hombre á los bienes de la naturaleza.

Por desgracia, como siempre, la justicia camina á

pié, cuando el despotismo vuela como el rayo, segun feliz expresion de un distinguido escritor, la *Commune* nació antes de que estuviesen arraigados sus ideales, y débil en su desenvolvimiento prematuro, ni pudo asegurar los cimientos de sus instituciones, ni evitar que se desquiciasen bajo el peso abrumador de esta caduca sociedad.

La division de las clases y el extravío de las pasiones en la nacion vecina; la inaccion forzosa de la vida política, á causa de la guerra contra el extranjero; la carencia casi absoluta de grandes caracteres y de verdaderos espíritus revolucionarios; la desvirtuacion de las creencias, á causa del régimen inhumano del imperio;

no fueron, por cierto, los motivos menos poderosos para el aborto de la idea más noble que ha animado á todas las revoluciones del mundo, para que la *Commune* muriese cuando apenas habia dado principio á su obra de purificación, antes que regenerase con su aliento nuestras corrompidas instituciones.

Más afortunados los comuneros del siglo *XI* á favor de las espesas nieblas en que la ignorancia envolvía á aquella civilización, pudieron ver realizarse su limitado objeto, hasta demoler el alcázar del feudalismo, y no contemplaron fallida la eterna ley del progreso humano.

LUCIANO GARCIA DEL REAL.

FRANCISCO DE PAULA CUELLO.

(Conclusion.)

»Entre tanto parecía que una voz misteriosa resonaba en el fondo de todas las conciencias, diciendo:

—¡Bendito el que muere en el santo amor del pueblo; su sepulcro es el templo de la inmortalidad!

»Las lágrimas del pueblo son la corona de perlas de los santos mártires!

»Se oirá un día una voz tonante en el espacio, y que resonará en la conciencia de todos, diciendo: ¡Lázaro, Lázaro... levántate!

»Y la humanidad se despertará de su profundo y doloroso sueño.

»¡Cuello resucitará entonces...!

»Porque los que mueren por la patria, no hacen más que entregarse al sueño de una noche.

»Cerca de las dos de la tarde, toda aquella comitiva llegó á las puertas del cementerio.

»Con sorpresa se vió que detrás del mismo se habían escalonado varias partidas de mozos de la escuadra y alguna fuerza de caballería.

»Las avenidas estaban ya tomadas por un gentío inmenso, no habiendo sido posible penetrar en el interior de aquella fúnebre mansión, sin embargo de su vasta capacidad. A unos quince pasos escasos de sus umbrales estaba colocada una mesa rigurosamente enlutada, sobre la cual se puso el ataúd, y abierto para que los concurrentes pudiesen ver las facciones del desventurado, varios individuos leyeron con sentida voz y derramando lágrimas, algunas composiciones en verso.

»Abdon Terradas, de pié sobre una silla, leyó la siguiente de José Anselmo Clavé:

¡¡No existe...!! ¡¡Miradle!! Ya abrieron la fosa del mártir del pueblo de excelis virtud.
Al golpe inclemente de mano alevosa la flor agostaron de su juventud.

¡En hora menguada mortífero acero con misero encono su sangre vertió...!
Su sangre querida... que un ¡yá! lastimero con febril angustia del pueblo arrancó.

Y augur'o siniestro de instantes fatales su lenta agonía... su duro penar, hirviendo Las fibras de pechos leales el l'anto llegaron del alma agotar.

¡Morir...! ¡Y tan jóven!! Matar su esperanza... sus dulces ensueños... su gran porvenir... ¡Infames verdugos! ¡Qué odio así os lanza en pecho indefenso cual tigres á herir!

Osar cara á cara debiérais, villanos, con armas iguales si hubieras honor; y entonces probárais de nuestros hermanos en justa defensa su noble valor.

Más ¡ah! vil aborto de raza cobarde que el sello de infamia marcara su faz. De herir cual traidores hicisteis alarde... de inmundos reptiles instinto falaz.

¡¡Dejad... que algun día de Dios la justicia castigo tremendo severo os dará, y entonces de CUELLO la sangre patricia, vengada, si, viles, vengada será!!

¡Y tú noble mártir! ¡Hermano querido...! ¡Demócrata ilustre de insigne valor...! contempla este pueblo que aquí reunido con lágrimas cuenta su acerbo do/or!

Contempla este pueblo que torpes desdoran los nécios cegados de un falso croupel; por tí, ¡pobre Cuello...! por tí... todos lloran... ¡Oh! ¡Gracias, hermanos! ¡Oh! ¡Gracias por él!

Honrad su memoria siguiendo su ejemplo: sus raras virtudes con fé predicad, que luce su nombre ya inscrito en el templo de los defensores de la humanidad.

»Concluida la lectura de estos versos ambas bandas de música rompieron en torrentes de armonía. Se levantó el féretro de la mesa y fué introducido en el recinto del cementerio. Para atravesar la corta distancia intermedia de quince palmos escasos, como hemos indicado, emplearon por lo menos veinte minutos. Las gentes se arrojaban á su paso, unos con el afán de tocar el ataúd, otros para contemplar el apacible rostro del cadáver, y no pocos para besarle sus ropas, sus manos ó su frente.

»A las dos y media se disolvía la concurrencia con el mayor orden y recogimiento.

»¡Cuántas lágrimas se habían derramado!

»Jamás ningún magnate, ningún príncipe, ningún hombre de Estado ha sido acompañado á la tumba con tanta majestad.»

»Qué lección para los soberbios de la tierra!

Y ni el tiempo ha borrado de la memoria de los buenos liberales catalanes el recuerdo de tan insigne campeón de la República.

Cuando las brisas de la libertad hemos podido respirar en Cataluña, llevados por un magnético atractivo vamos los demócratas á depositar una lágrima sobre la tumba del malogrado Cuello. Cuantas veces el pueblo

sufoca los ímpetus de la tiranía, acude presuroso á la mansion de los que fueron, para entonar un coro de gracias al que tanto supo sufrir para libertar á sus hermanos.

La gloria de la inmortalidad corona sus esfuerzos.

Su nombre lo pronuncian los buenos en el hogar doméstico con profundo respecto.

Y su nombre es para los tiranos un recuerdo eterno de sus liviandades y desafueros.

Hoy hace veintidos años que aun muerto fué llevado en triunfo á descansar de sus fatigas.

Y hoy está próximo el día en que diremos con él que escribió primero su biografía:

¡¡¡Levante, Lázaro, levante!!!

Y el Lázaro se levantará, se planteará la República, y á su vivificador aliento renacerá el Hombre, imperará la Justicia, se realizará el Derecho, se asegurará la Libertad, y la obra de la emancipación social se completará rápidamente.

Barcelona 6 de Julio de 1872.

J. ROIG Y MENGUET.

LA GUERRA CIVIL.

¡Otra vez, otra vez fiero tributo
has de rendir ¡oh madre! al cruel destino!
¡Otra vez y otras cien de sangre y luto
salpicado contemplas tu camino...?

¡Menga y baldón! ¡Ayer hueses unidas
en Africano suelo combatiendo,
vencedoras do quier, jamás vencidas,
el nombre de la patria enalteciendo;
y hoy, por mortales odios divididas,
de España el nombre augusto envileciendo!
¡Ayer pueblo de hermanos,
y hoy degradada estirpe de villanos!

El corazón estalla
de santa indignación; hierve la sangre
de libertad al ver rota la valla,
la hermandad sacrosanta;
al ver cuál se agiganta
el monstruo de la guerra fratricida,
al ver es la victoria fementida,
que victoria de hermanos sobre hermanos
es de la pobre madre cruel batalla.

¡Cuán presto fué borrada
la memoria de males sin segundo!
Sueño, fiebre, delirio
la realidad parece,
y mientras por cien partes desgarrada
nuestra España agoniza,
la horrrisonante liza
retoña más y más y se enfurece.

¡Increíble verdad! Cual si la patria
dada por Dios, de Dios fuera maldita,
nuestro suelo sus frutos ya no rinde
á uno y otro hemisferio,
que huida del hogar la paz bendita,
prepotente la guerra,

solo sirve la tierra
para inmenso erial de cementerio.

Mirad: todo se postra
con inmensa y terrible pesadumbre;
del sol la clara lumbré
desolación sin cuento solo muestra,
y en duelo tan intenso y tan profundo,
ruinas y lodo el porvenir ofrece,
escarnio y bafa nos ofrece el mundo.

¡Befa y escarnio...! No: el dolor me engaña;
del seno de esa España moribunda
surge una nueva, redimida España.
Yo la veo arrollar dudos cobardes;
pensar y practicar heroicas leyes,
una voz sacudida la coyunda
con que la humillan mercenarios reyes.

Yo esucho la voz santa
que del aire despierta las regiones;
que los tronos espanta
cual alegría los campos y talleres
de pueblos y ciudades y naciones.

Inocentes hermanos,
que os batis por la paz de los tiranos.
esquivad el denuedo que os anima;
ved que os conduce á horrorizante sima;
ved que en vano la vida generosa
perdeis en el combate;
ved que una dulce madre, hija ó esposa
maldecirá el temerario empuje
con que ciegos luchadéis
y la infecunda sangre derramásteis.

Ved que el vivo recuerdo
de vuestro arroyo grande y denodado
no os podrá devolver á nuestro lado.
Pensad que vuestras muertes
á la patria le roban brazos fuertes
para vencer en no lejano día
la corruptora y nécia tiranía.

Casad, por tanto, en la valiente fúria,
y si existe un infame
que vuestro amor de libertad injuria,
desid á su rencor mal encubierto,
rencor que á vuestro daño se asperbe:
¡Galvanizar no quiero un rey que ha muerto;
fortalecer no quiero un rey que vive!

Decidle, si, que el porvenir abierto
á nuestra gloria está; que aquella nube
que del sol de las almas generosas
menguaba el resplandor, desecha queda;
que el servil fanatismo vive muerto,
y con él esas luchas horrosas
han de morir tambien en breve plazo
al calor palpitante
de humano, dulce y fraternal abrazo.

Gerona y Julio de 1872.

JOAQUIN RIERA.

EFECTOS DEL FANATISMO.

I.

Provechosas lecciones encierra la historia de todas las naciones, y no es por cierto la de España la que más ingrata se muestra á las investigaciones del hombre pensador, que busca en ella, al estudiar las causas que produjeron los males pasados, remedios para los males presentes.

Nuestra historia nacional ofrece, en efecto, páginas de tan útil enseñanza, que ellas solas bastarían á convencer de su error á los partidarios de ciertas doctrinas, si no estuvieran obcecados por miras interesadas y mezquinas pasiones.

A los que proclaman las excelencias del antiguo régimen, y suspiran por ver restablecido el imperio de ideas que agonizaron entre el desprecio de la moderna civilización, nosotros preguntáramos:—¿Creeis de buena fé lo que afirmáis? ¿Es que verdaderamente sois ciegos, ó sois malvados? Pues si no sois ni lo uno ni lo otro, abrid la historia, y por doquiera hallareis tristes ejemplos, hechos dolorosos que nadie puede negar, y que están declarando terminantemente, de una manera positiva, sin que pueda dar lugar á dudas, cuáles son los resultados de esas teorías que llevadas á la exageración, porque solo en ella pueden vivir, fueron la norma de los tiempos pasados.

Fijémonos en un hecho cualquiera, en la exageración del principio religioso, por ejemplo. Ella produjo aquel terrible tribunal, maldiceido hoy por la conciencia pública, que levantó inmensas hecatombes, y destruyó millares de seres humanos para salvar una idea absurda.

La exageración del principio religioso fué también la que produjo la expulsión de moros y judíos en nuestra Península; hechó verdaderamente notable por las circunstancias que le acompañaron, como por sus fatales consecuencias.

Y ya que hemos tocado este punto, queremos detenernos en su consideración, porque es grande la enseñanza que encierra y sirve al objeto que nos hemos propuesto en el presente trabajo.

Acababa de terminarse en España la obra de ocho siglos. Granada, último baluarte de la dominación árabe, pertenecía á la corona de Castilla, y Fernando V veía realizado el pensamiento de la unidad de la monarquía española. Pero á la unidad política debía seguir la unidad religiosa, en sentir de Fray Tomás de Torquemada.

La Inquisición obró con fuerza, y los judíos fueron las primeras víctimas de aquel insaciable verdugo.

Pero no bastaba que el martirio y la hoguera se encargasen de ir concluyendo con aquella raza *miserable*, que cometía el enorme pecado de no pensar como los conquistadores; era necesario acabar de una vez con ellos.

El 31 de Marzo de 1492 se expidió el edicto que condenaba á la expatriación á todos los judíos que no abjurasen de su fé en el preciso término de cuatro meses.

Los judíos intentaron algunos medios para gran-

jearse la protección de los reyes, pero todo fué inútil; espiró el plazo, y tuvieron que prepararse para salir del reino, como lo hicieron, retirándose á Portugal, á Francia, á Italia y Turquía.

Ciento diez y siete años más tarde la escena se repetía, aunque con diversos actores.

Los moriscos de Granada y Valencia, siempre inquietos, habían principiado á sostener relaciones, según algunos historiadores, con los marroquíes y con el sultán de los turcos, y á tramar conspiraciones unidas con Enrique IV de Francia, á quien parece ofrecieron seguir bajo su dominio haciéndose protestantes.

Este fué el pretexto para que se pensase en su expulsión.

Lo que entonces ocurrió fué un hecho singular.

Tomóse el parecer de los ricos hombres, y la mayor parte, como tenían por vasallos riquísimos moriscos, declararon que su expulsión no debía verificarse.

Hasta en el clero hubo quien los defendió, entre ellos un tal Quesada, canónigo de Guadix, que en la corte de Roma trabajaba contra las disposiciones del rey, y el arzobispo de Valencia, que pidió la expulsión de todos los moriscos de España, menos los de aquel punto, diciendo que eran necesarios para el sostenimiento de su persona y de la casa de Dios.

A pesar de esto en 1606 Felipe III decretó su expulsión de toda España. Túvose oculto este decreto por tres años, y en 1609 se principió por los de Valencia.

Los moriscos se aterraron al saber tal resolución, y no acertaban qué hacer, hasta que un personaje principal llamado Turigí insurreccionó á los moriscos que pudo, y seguido de ellos entró en los pueblos cristianos arrasándolos.

Entonces se cumplieron los juramentos de venganza sostenidos por tanto tiempo. Los moriscos fueron la pesadilla de los padres, los hijos y los hermanos cristianos. Nada había que respetasen los tan maltratados, verdaderos creyentes del Corán unos, verdaderos conversos otros. Aquellos tenían razón, estos también. No entráramos á explicarlo; es cuestión de conciencia, de humanidad.

Los moriscos salieron de España en número de cerca de un millón de personas, y se retiraron al Africa.

Tal es la historia: tales son los hechos que vamos á analizar, siquiera sea en sus detalles más generales, pues está bastará para manifestar á donde condujo la exageración del principio religioso, y cómo el fanatismo fué la causa de uno de los periodos de decadencia de la nación española.

Triste es, por cierto, pero provechoso en extremo, considerar esos acontecimientos en que obedeciendo á pretensiones insensatas se ha querido contrariar las inmutables leyes de la vida. La fuerza misteriosa que impulsa á la humanidad es invencible, y sin embargo se ha creído creencia absurda que podría destruirse. Esta es la lucha cuya consideración, si nos hace entristecernos por el pasado, nos hace por otra parte alegrarnos por el porvenir; porque tras esta lucha habrá de obtenerse una gran victoria, el triunfo de la justicia y del derecho.

JAVIER ALVARES LINDE.

(Se continuará.)

ESTUDIOS PREHISTÓRICOS

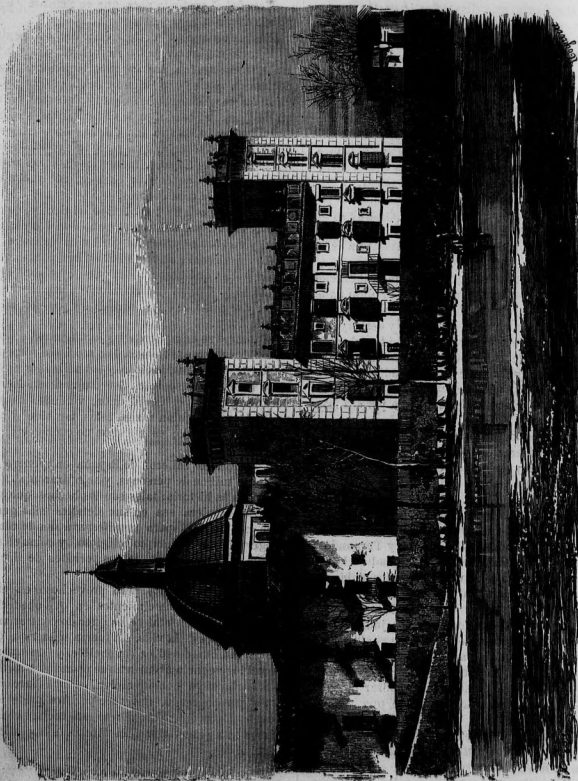
EL HOMBRE FÓSIL.

(Conclusión.)

Todos los huesos largos y cráneos encontrados en esos depósitos que hoy sirven á la ciencia de fuentes inagotables de preciosos datos, suministran la idea de que el hombre primitivo prefería la médula y los sesos á las

demás partes del animal muerto á sus manos; los huesos están rotos de manera que dejan al descubierto la médula y los cráneos agujereados para poder extraer la masa encefálica; además, abundan en esta época instrumentos de una forma particular, largos, estrechos y afilados por uno de sus extremos, á manera del escoplo, que solo podían aplicarse á ese uso.

Algunos geólogos creen que la médula les serviría para engrasar y hacer flexibles las pieles que les servirían de vestidura, fundando su creencia en que los lapo-



VALENCIA.—COLEGIO DE SAN PÍO V. (De una fotografía de 1869).

nes, los esquimoles, los groenlandeses y demás habitantes de las cercanías del polo, hacen uso hoy de la médula para el propio fin; pero no son bastantes datos para asegurarlo; la médula para que penetre en las pieles

hay necesidad de derretirla y sumergir en ella la piel, y los hombres primitivos no tenían ningún aparato que les pudiera servir para el objeto; además no conocían el fuego, ¿sería el calor del sol, el que les ayudara en su in-



VIAJE AL ECUADOR.—VISTA DE PANAMÁ.

dustria? Problemática es la respuesta, y no seremos nosotros los que intentemos darla.

La talla del hombre, á juzgar por los cráneos y restos hallados en distintos depósitos, difería bastante de

la actual; el hombre primitivo era pequeño, su cabeza ovalada y su entrecejo deprimido saliente, debía dar una expresión siniestra á su fisonomía; cubierto de pieles, armado de un hacha de piedra persiguiendo y ven-

ciendo a las formidables fieras que vivían con él, acostumbra a la vida nómada y salvaje, su idioma se componía de exclamaciones y gritos inarticulados, y tan pobre de conceptos como abundante de vocales: los pueblos, cuanto menos civilizados, hacen más uso de las vocales: las consonantes parece como que indican mejor la cultura de los hombres.

Pero el tiempo trascurría, el círculo de las necesidades del hombre se ensanchaba; ya el hacha grosera y la lanza no eran armas suficientes; el cuchillo, las flechas aumentaron los arsenales primitivos. ¿Cómo se servía de las flechas? Sin duda ninguna con el arco; un tropiezo en una rama flexible, el golpe recibido por ella haría al hombre meditar y quedó inventado el arco; la cuerda se la suministraron primero los nervios y tripas de los animales muertos, y después las ramas filamentosas y verdes de la madreleña; ¡ah! el día que el hombre probó el arco comprendió el gran paso que había dado en la senda del progreso y no volvió á arrojar la piedra redonda del lecho del río á la fiera que perseguía hasta que inventó la honda.

Cada instrumento de destrucción que inventaba el hombre le hacía dar un paso más hacia la civilización.

Pasó la época primera en que se divide la edad de la piedra, y ya el hombre muy despertar en su imaginación los rudimentos del arte, el asperón de las sierras, el esmeril que desgasta el sílex, le ayudaron en su obra, y nunca auxiliares más poderosos ha tenido la ciencia humana que esos tan rudimentarios que la naturaleza le suministró; frotando el cuchillo de pedernal con el asperón húmedo, se desgastó, y á fuerza de paciencia y perseverancia pudo el hombre primitivo dar á sus instrumentos la forma que le plugo y hacerles más á propósito para el uso á que les destinaba.

Las flechas, los cuchillos, las hachas afiladas con delicadeza, aparecen en los terrenos de esta época, y su abundancia nos hace pensar la necesidad en que se encontrarían nuestros antepasados de su uso.

La tierra en esta época sufría una temperatura tan baja, que toda su superficie desaparecía bajo un funesto manto de nieve; la vegetación amortiguada no permitía la vida á los animales hervirios; el hombre habitaba sobre los hielos; era carnívoro; nos lo prueba además el examen cuidadoso de los cráneos hallados de ese tiempo; todos los dientes están desgastados casi hasta su raíz, lo que indica el uso frecuente de la masticación de alimentos crudos, de carnes cuya dureza y elasticidad obligan á restregar los dientes á manera de los rumiantes; de aquí la prueba positiva de que el hombre primitivo en su alimento tomaba la carne cruda; además el fuego no le servía para nada; si acaso le veía en un volcán ó en la tempestad, no se atrevía á hacer uso de él.

Los caracoles, las ostras, le servían en gran cantidad para su alimento, y las cavernas que se descubren hoy habitadas por los hombres primitivos, presentan el suelo completamente oculto bajo una capa de sustancias calcáreas, procedentes de las conchas de los moluscos; aquellas conchas no se han llevado por los alubiones, han sido aportadas por una voluntad inteligente, la del hombre.

Un día de tempestad ya habían desaparecido los hie-

los; el rayo incendió un árbol, el hombre le vio arder con asombro, la curiosidad se apoderó de él, se acercó; el dulce calor que se desprendía de la brillante llama, acarició sus aterridos miembros y decidió llevar á su caverna este auxiliar de la vida; lo consiguió, inventó el hogar y á su alrededor reunida la familia se inventó esta; una sola chispa de fuego bastó para inventar lo más sagrado de la creación, la familia.

Pero no bastaba haber conquistado el fuego, era preciso conservarle; si se apagaba aquel tronco rojo y brillante que iluminaba el fondo de la gruta, el hombre retrocedería otra vez al estado salvaje y no le conociera, necesitaba adelantar, progresar y creó una guardia que velara junto á la sagrada brasa.

Allí, sentado en el suelo, con el asperón al lado, y los sílex esparcidos pasaba el hombre primitivo largas horas fabricando flechas, cuchillos, hachas de una finura extraordinaria y de un trabajo delicado; las muestras que hemos visto recogidas al acaso unas veces y buscadas con asiduidad otras, no nos dejan la menor duda de la presencia de aquellos hombres.

Con el fuego en casa el alimento se hizo más dulce, la carne se ablandó, la temperatura se suavizó y la noche se iluminó.

El vaso de beber se fabricó, ¿de qué modo? lo ignoramos; en casa del eminente geólogo español Sr. Villanova hemos examinado una vasija de esta época, recogida por él en una caverna de la provincia de Guadalajara, y si se ha cocido al fuego ha sido muy débil; tiene más bien señales de haberse endurecido al sol.

La arcilla mezclada con piedrecillas y chinias amasada y moldeada con las manos, son los ensayos primitivos de esa arte anátmico, cuyos magníficos productos fabricados antes en la Moncloa, en el Retiro y hoy en Sevres, admiramos con orgullo.

Si al lado de un magnífico jarrón, ó tibur del Japon, se colocase la cazuela grosera fabricada por el hombre de la edad de piedra, las miradas se dirigirían á la porcelana y se apartarían indiferentes del barro informe que servía á nuestros predecesores para apagar su sed; y sin embargo, el tibur es ménos difícil de fabricar que la primera cazuela; las dificultades de fabricación han desaparecido: hoy todo está hecho; entonces el hombre inventaba, y á fuerza de meditar pudo ahorrarse el trabajo constante de apagar su sed en el hueco de una concha, ó más comunmente en la corriente de los ríos; tal vez la impresión de sus rodillas en la tierra húmeda depositada cerca del río donde aplacaba su sed, endurecida por el sol y desprendida de su alvéolo, dió al hombre la idea de fabricar un vaso; el endurecimiento de este por medio del fuego no fué el producto de un acto meditado, fué casual; el hombre sabía que el fuego templaba la crudeza del agua, y un día acercó un vaso grosero á la brasa, y el agua se puso hirviendo, en tanto tal vez que el hombre se había adormecido al calor de la llama; el fuego continuó su trabajo, el agua se fué evaporando, y al despertar el hombre se asombró, viendo de un color rojo amarillento el trozo de barro negro que haba colocado al fuego; le tocó, observó su dureza, repitió el ensayo y comprendió el nuevo agente que tenía en su mano; se hizo alfarero.

Con un trozo de pizarra quiso afilar una flecha; la

pizarra se dejó manejar; no desgastaba al sílex, y el sentimiento artístico se despertó en su inteligencia, y con ayuda de una punta de pedernal dibujó groseramente lo que veía, el reno, el mammoth, el ciervo, el hombre; los modelos que se conservan hoy, hallados en ciertas aberpas, nos demuestran estos rudimentos del arte y los pasos lentos que daba el hombre en su infancia tras de una civilización que le había de proporcionar más comodidades.

El fuego, propiedad del hombre, le hizo encontrar los metales; la fusión casual del plomo y el cobre le hizo conocer el bronce; pero la edad de bronce pertenece á otra época, y por lo tanto, al artículo siguiente:

MARIANO LERROUX.

QUESTIONES CIENTÍFICO-SOCIALES.

HIGIENE DEL PUEBLO.

XII.

(Conclusion.)

Creyéndonos dispensados de hablar de los baños, gimnástica y demás medios higiénicos generales, cuya importancia no se puede menos de reconocer, vamos hoy á terminar nuestro trabajo, harto largo ya, ocupándonos de los oficios y profesiones, y dejando para ocasión más propicia la cuestión de lazaretos y cuarentenas, que creemos un tanto secundaria, mientras la naturaleza de las epidemias nos sea desconocida enteramente.

¿A qué edad puede el niño dedicarse al trabajo intelectual y á cuál al físico si se le destina á una industria ó arte? Esta cuestión, primera que debemos resolver, ha sido juzgada de un modo diferente, según los caprichos de la moda, el gusto de la época y otras condiciones no menos absurdas, que han modificado el modo de ser de las sociedades antiguas y modernas.

Al paso que en los pasados siglos se creía que el niño no estaba apto para el estudio hasta la edad de doce años, y para el trabajo material hasta los diez y seis, hoy que el positivismo del interés todo lo domina y por doquiera extiende sus groseras alas, da grima ver en las áulasy fábricas, tiernas y débiles criaturas encargadas de trabajos penosos, que no solo se oponen al desarrollo del organismo, sino que, precipitando la vida, acarrear una vejez prematura, y con ella los padecimientos propios de este como período de descenso.

Nosotros, más conformes con las ideas de los antiguos, que tendían, como se vé, al mejoramiento de la especie humana, no permitiríamos en las fábricas ni cátedras niños de menor edad que las que dejamos apuntadas, según que hayan de dedicarse á un oficio ó profesión, y estamos penetrados de que el acuerdo daría óptimos frutos, sin haber lugar al arrepentimiento.

Los hombres dedicados á trabajos de gabinete, que mal que pese á los trabajadores son tan obreros como ellos, y aun si se quiere más, habida cuenta de lo que el trabajo mental consume y aniquila, deben procurar ejercitar el cuerpo por medio de la gimnasia, si desean

conservar su salud, puesto que está probado hasta la evidencia que afluyendo una gran cantidad de sangre hácia su cerebro se paralizan las funciones de la vida, ocasionando los trastornos consiguientes.

Útil es decir que el excesivo trabajo intelectual produce en el organismo efectos congestivos de resultados fatales, y á este fin aconsejamos á los que se dedican al estudio la moderación en él, el ejercicio despues de las comidas, alimentos fáciles de digerir y abstención de los excitantes, con cuyos recursos adquirirá mayor fortaleza su imaginación, y su organismo mayor desenvolvimiento.

El negociante que no contento con asegurar el porvenir de su familia siente una sed hidrópica de oro, está expuesto á las mismas enfermedades que los hombres de carrera por efecto de lo que trabaja su cerebro, con más á las que engendran las pasiones buenas ó malas que suelen apoderarse del corazón humano, ya se coronen ó salgan fallidos sus deseos.

Los plateros, quincalleros, grabadores y químicos temerán la acción deletérea de los ácidos que manejan, gases que preparan, metales que volatilizan, así como también la rotura de las retortas y frascos y las reacciones de una operación.

La higiene de estos individuos está reducida á cubrirse las manos con guantes, á taponarse las narices, y á evitar, en fin, la inspiración de gases extraños á la economía, por cuantos medios tengan á su alcance.

Hay oficios que necesitan grandes esfuerzos musculares, como los herreros, cavadores, carreteros y mozos de cuerda, cuyos individuos están predisuestos á inflamaciones agudas, por lo cual se les aconsejan los debilitantes al empezar la primavera.

Los oficios sedentarios que en general se ejercen en sitios bajos y húmedos, como son el de zapatero, sastre, costurera, tejedor, fabricante de paño, hilandero, zurrador de pieles, cordonero, etc., requieren una alimentación sana y reparadora para los que los ejercen, además de corrientes continuas de aire que se opangan á que este se pueda impurificar.

Otros individuos, caleros, tejeros, vidrieros, cerrajeros y cocineros, están de continuo expuestos á un calor abrasador, por lo cual debe recomendárseles que hagan uso de bebidas diluentes durante el trabajo, y no se espongan á enfriamientos repentinos.

Los panaderos, yeseros, carboneros, cuchilleros y fabricantes de almidón, aspiran de ordinario un aire cargado de corpúsculos sumamente finos, y cuidarán de establecer en sus talleres corrientes continuas que reemplacen el aire contenido en ellos, por el cual volitan los cuerpecillos de que queda hecha mención.

Los carniceros, que absorben gran cantidad de partículas orgánicas, que les hacen adquirir una gordura considerable, están expuestos á enfermedades contagiosas, así como los curtidores y zurradores, enfermedades cuyo conocimiento incumbe al médico, con quien sin dilación les deben consultar. Los mineros, marmolistas, doradores, estañadores, pintores, fabricantes de albayalde, caldereros y los que muelen colores, experimentan con sobrada frecuencia cólicos ó intoxicaciones, para evitar lo cual se les recomienda la higiene de los panaderos como la más oportuna para el caso.

Stiendo imposible, por la índole especial de estos artículos, tratar extensamente de la higiene particular de cada uno de los numerosos oficios á que el hombre puede dedicarse, recomendamos á los lectores que deseen ampliar sus conocimientos sobre tan importante materia, que consulten las obras que de esta se ocupan, donde hallarán de fijo hasta el detalle más pequeño é insignificante.

Respecto á lo demás, concluimos como empezamos, es decir, pidiendo la intervencion directa del médico en la fábrica como medio único de evitar al trabajador conse-

cuencias fatales á su vida, y como plausible medida que reclama imperiosamente la civilizacion.

J. LOPEZ OGAÑA.

CRÓNICA EXTRANJERA.

I.

Celebro que la Inglaterra, el país clásico del quietismo y de la monotonía política, sea hoy la que por sus manifestaciones sociales me preste tema para dar co-



TIPOS PORTUGUESES.—VENDEDORA DE PESCADOS.

mienzo á la série de artículos dedicados á los lectores de LA ILUSTRACION REPUBLICANA FEDERAL.

La resuelta actitud adoptada por la prensa de la vieja Albion en materia de escrutinio secreto (ó sea en la gran dificultad política del día), ha modificado profundamente la resolución de los orgullosos *lores*. La gran noticia de última hora consiste en que la alta Cámara inglesa ha cedido, por 157 votos contra 138, á subyugarse á la firme voluntad de la Cámara de los Comunes, admitiendo sin restricciones el principio del voto secreto. Como contraposición á esta condescendencia, los *lores*

han sostenido la disposición que da al *bill* en cuestion un carácter puramente provisorio por medio del plazo de ocho años que señalan á su vigencia hasta 1800.

Después de la derrota moral sufrida en las Cámaras inglesas por las clases aristocráticas ante las aspiraciones de *abajo*, no deben perderse de vista los chispazos que surgen en la defectuosa organización del pueblo inglés, á pesar de que la imponente huelga de los *obreros de edificación* de Londres ha terminado de un modo tan inesperado como el conflicto surgido entre las dos Cámaras legislativas.

Los albañiles han logrado pacíficamente un arreglo con sus *amos*, y parece que el resto de los oficios seguirá su ejemplo. Tal solución, que dista mucho de ser definitiva, es lógica consecuencia de las disensiones surgidas entre los coaligados. Se creía en una *solidaridad* perfecta entre albañiles y carpinteros, que se comprometieron a persistir en su petición de nueve horas de trabajo y nueve peniques de jornal; pero los primeros, que constituyen el núcleo más considerable de huelguistas, han tomado la iniciativa en las transacciones y los arreglos, dejando en la estacada a los carpinteros, que, viéndose en el aislamiento, tendrán que pasar por las horcas caudinas de la miseria ó del desistimiento de su demanda.

No es ciertamente, por medio de tales proceder, como el obrero, que representa al *trabajo*, podrá neutralizar las tiránicas condiciones del *amo*, que es el símbolo del *capital*.

Lo indudable es que el deplorable resultado de la imponente huelga de *Obreros efluvadores* de Londres ejercerá una perniciosa influencia en las coaliciones organizadas por los *Trades unions* de las diversas ciudades inglesas. Los *amos* se han dado al maquiavélico medio de *dividir para reinar*, y el fracaso de la pasada huelga de Londres servirá de estímulo á los contratistas y capitalistas que quieran explotar á las masas de obreros infelices.

II.

Mientras tal acontece en Inglaterra, no es ménos importante el movimiento político de la República de Suiza.

Después del último movimiento revisionista y anti-revisionista para reformar la Constitución federal, surgió el grave problema de la enseñanza, que con el buen sentido de un pueblo esencialmente democrático, fué resuelto según los más severos principios de la ciencia política más eminentemente racionalista y liberal.

La propaganda de las doctrinas es un derecho de todos los hombres. Restringir la enseñanza y la predicación, es atentar al sagrado derecho que la inteligencia tiene á ser conocida y propagada en todas sus manifestaciones. Hé aquí el sagrado dogma republicano-democrático proclamado por los descendientes de Guillermo Tell.

Hé aquí la ley suiza: no pone cotos, trabas ni restricciones á la enseñanza en ningún terreno. Allí se profesa la máxima irrefutable de que la verdad triunfa siempre, sean cuales sean los manejos de sus enemigos.

Después de consignar tan sublime dogma el pueblo suizo, y mientras en la próxima jornada parlamentaria espera renovar la cuestión de la revisión constitucional, van á comenzar los debates de una cuestión no ménos trascendental.

Se ha presentado en el seno de la Asamblea federal un proyecto de ley relativo á los *plebiscitos*, y que tiende á introducir uniformidad completa en las condiciones exigidas á los ciudadanos que deben tomar participación en el sufragio universal.

Fija la Constitución federal la edad de 20 años para

tomar parte en las elecciones del Consejo Nacional, pero para los plebiscitos federales toca á la legislación cantonal determinar la edad de los votantes. Resulta de esto que la edad electoral varía en los diversos Estados desde los 17 años hasta los 25, y además de tan anómala diferencia, en algunos cantones inhabilita la quiebra para los efectos electorales, mientras que en otros no impide el ejercicio del voto.

El citado proyecto tiende á borrar tan monstruosas diferencias de capacidad civil entre ciudadanos de una misma República.

Degradadamente, tras tan necesaria reforma asoma por entre los artículos de otros diversos proyectos el más decidido espíritu de centralización.

La Asamblea debe ocuparse de un proyecto de ley encaminado á modificar muy defectuosamente la actual división territorial para los efectos electorales: tras este hay otro proyecto para que las vías férreas que hasta hoy dependían *exclusivamente* de la jurisdicción de los cantones, entren de lleno y sin limitaciones bajo el poder del Consejo federal.

III.

El resto de Europa permanece sin manifestaciones graves ni dignas de comentarse, excepto Francia y España.

No es, por cierto, el fin de una revista extranjera para un periódico de Madrid, tratar los acontecimientos políticos de nuestra patria.

En cuanto á la situación de Francia, tanto hay que relatar y tanto que discutir, que será prudente dejarlo para el próximo artículo, ya que las dimensiones del presente son bastantes para ocupar una parte de las columnas de LA ILUSTRACION, y sobre todo para cansar la atención de los lectores de la misma.

Baste por hoy indicar que el punto culminante de la política francesa es la convención internacional, celebrada por Mr. Thiers con el imperio de Alemania; las consecuencias del empréstito que tal convención origina, y la posición asumida por los partidos políticos de la Francia, ante las condiciones del tratado y el carácter especial del empréstito de los tres mil millones.

Esto constituirá el objeto de mi próxima *Crónica del exterior*.

L. R. FONS.

Paris 10 de Julio de 1872.

CANTARES.

Negro el color de tu traje,
negritos tus ojos son,
y negro por tus amores
tengo, niña, el corazón.

Madrecita de mi vida,
tégame usted compasión,
que han muerto por la República
á la prenda de mi amor.

LISO.

REVISTA GENERAL.

El viaje que D. Amadeo de Saboya debe emprender el sábado, es realmente un viaje de placer, ó es una fuga simulada y una adicción secreta? Hemos esto, porque diarios italianos, tan importantes como la *Capital*, aseguran, hablando de ciertos proyectos, que la situación de España es graciosa para los príncipes monárquicos; la *Gaceta de Italia* dice: Sinistras previsiones acerca de España conmueven la opinión pública en Italia; el *Diario de Roma* va más allá, pues declara que los amigos de la dinastía de Saboya están singularmente acobardados, pues habiendo buscado un medio honroso para que D. Amadeo abandonara España, reconocen que no han conseguido sino hacer más difícil una posición peligrosísima; y el periódico la *Voce* asegura, por último, que todas las medidas están ya tomadas para que en el momento dado sea protegida la retirada de D. Amadeo.

Tal es la opinión de los periódicos italianos, a la cual sirve de complemento el siguiente importantísimo sueldo que publica el diario *Alfonso El Tiempo*.

Después de asegurar que si el general Cialdini llega a venir será para acompañar a doña María Victoria durante la ausencia de D. Amadeo, dice:

«Ha llamado la atención con respecto á aquel viaje, que se hayan hecho tales preparativos y se deje todo tan arreglado, que denota intención de una larga ausencia, siendo tan numerosos los paquetes, que más que viaje parece una completa mudanza.»

Nada tendría de extraño, pareciéndonos, al contrario, lo más sencillo y natural, que D. Amadeo de Saboya abandonara España, á la que nunca debió venir, y en la cual el ridículo que le acompañaba y el desprecio con que se le mira aumenta cada hora, á cada instante; y no se dig: que exageramos, no; véase la opinión que manifiesta su correspondiente de Madrid al importante diario de Sevilla *La Andalucía*, y en la cual no se encuentra una sola palabra que Madrid entienda por bien.

«Porque, preciso es confesarlo: tiene razón *La Epoca* cuando habla de la manera como Madrid recibe á los reyes democráticos; no es posible comprender lo que aquí ocurre sin verlo. Hoy los ciegos preguntan una hoja con este título: *La adicción de Amadeo*; otro: *«¿Italia se va?»*; una matana cantan los ronzales en las calles y las niñas en los corrillos del Prado: *«¿Ah, ah, es que no se va?»*; *«¿Ah, ah, el italiano se va!»*. En una ocasión D. Amadeo es saludado á los gritos de *«¡Viva la República!»*, y en otra le corta el paso el primer transeúnte, sin cuidarse para nada de que así menosprecia al que parece ser el primer magistrado de la nación.»

Como si todo esto no fuera bastante, aun podemos señalar hechos más graves, síntomas más alarmantes, esas mismas comovedoras. Con motivo de un bando del alcalde de Madrid, el democrático marqués de Sardoal, que tiene tanto de democrata como de español D. Amadeo, los vendedores ambulantes hicieron una manifestación que, si empezó contra el alcalde, terminó contra el monarca; hé aquí la descripción que de ella hace el periódico *El Debate*:

«Según informes fidedignos que nos hemos procurado, los manifestantes se reunieron en el monasterio del Bos de Mayo, y desde allí, dando voces desahoradas y gritos alarmantes, se dirigieron á la calle de Alcalá, donde tropezaron con S. M. el rey, que iba á paseo en un carruaje á la *Daumont*, acompañado del brigadier Búrjós y de dos ayudantes de órdenes. La escena que á este encuentro siguió no es para describir, porque fué un verdadero motín. Los manifestantes redoblaban sus voces, y se destrozaron en invectivas al rey y muertos al extranjero, habiendo alguno que llegó hasta lecaniar un palo en dirección al carruaje de S. M.»

El *Puente de Alcolea* escribe que por la noche, «cuando SS. MM. salían de los jardines del Buen Retiro, entre los grupos que rodeaban la puerta de salida volvieron á reproducirse algunos síntomas de excitación, dejándose oír, según se dice, palabras altamente inconvenientes, que rechazan la cortesía y el buen lenguaje.»

Indudablemente á los pobres vendedores que ganan el pan del día con el sudor de su frente no debió agradecerse que mientras á ellos se les quiere privar del sustento de sus pobres familias, don Amadeo de Saboya saliera á entrebater sus oídos en un elegante coche á la *Daumont*, con el pueblo español paga; pero, como dice muy oportunamente *La Igualdad*, ya se irá acostumbrando á estos pronunciamientos.

A nosotros, para terminar, tan solo nos ocurre repetir es frase que tan popular es hoy: *«¡Ah, ah, al extranjero se va!»*

Ha aparecido otra nueva circular del Sr. Zorrilla; si continúa por este camino, todas las fábricas de papel de España no van á ser bastantes al *salario de Tablada*; recomendamos su lectura á nuestros abonados, advirtiéndoles de paso que es una nueva edición corregida y aumentada de las publicadas anteriormente.

Dice en ella que el gobierno no impone, ni apoya, ni recomienda candidatos; nosotros nos proponemos demostrar al Sr. Zorrilla con documentos irrecusables, que el gobierno, y muy especialmente S. E., recomienda, apoya é impone candidatos á los distritos, ni más ni menos que Sagasta.

Habla en la circular del establecimiento del Jurado, y la *Gaceta* publica un decreto nombrando una comisión que proponga las reformas en la ley de enjuiciamiento criminal, lo cual, á juicio de los inteligentes, significa la suspensión, más claro, el establecimiento del Jurado.

Habla la circular de quitar toda traba al comercio y á la industria, y la pequeña *Gaceta* del gobierno asegura que no es cierto que vayan á publicarse los decretos estableciendo la libertad balnearia y la secularización de los cementerios.

Promete arreglar la cuestión de Cuba, y la *Correspondencia* afirma que no se ha tomado aun ninguna resolución definitiva en la cuestión económica de la isla de Cuba. Juegan nuestros lectores con cuánta razón podemos calificar este nuevo documento de palabras, palabras, palabras.

La Asamblea federal se reunió ayer en número de 57 representantes, y el presidente, ciudadano Pi y Margall, apoyándose en un artículo del reglamento, que exige mitad más uno de representantes para tomar acuerdo, declaró suspensas las sesiones.

Nosotros protestamos contra semejante determinación, que á todas luces y según el parecer de la mayoría de los representantes no tiene nada de legal; en primer lugar, porque si en otras Asambleas en que por cierto no debían ventilarse cuestiones tan árduas, se ha esperado la llegada de nuevos representantes hasta completar el número preciso, no hallamos un motivo para que hoy no se hiciera otro tanto, sobre todo cuando desde la primera sesión á la segunda y última, el número había aumentado desde 42 á 57; segundo, porque es discutible si el reglamento exige mayoría de representantes ó mayoría de provincias, en cuyo caso las había en número más que suficiente; en tercero, porque en otras ocasiones se ha excitado nuevamente el celo de los representantes y estos no han dejado de acudir jamás á su puesto; y cuarto, que el presidente obró ligeramente al resolver por sí, sin consultar previamente á la Asamblea la importantísima cuestión de suspensión de sesiones cuando la lucha electoral está próxima, y la divergencia de pareceres es tan grande, que nadie puede decir si predominará la idea de acudir á las urnas, ó se optará al fin por el retraimiento.

Excitados, por tanto, el celo de todos los representantes para dar una solución á tan grave asunto, y esperamos que el Directorio, ya sea valiéndose del medio de pedir á cada representante su voto por escrito, ya por el de reunir en la capital de la provincia los delegados de los comités que á ella perteneczan, ya ordenando que se convoque al partido todo en cada localidad para emitir su opinión y su voto, ya sea, en fin, valiéndose de aquel procedimiento que crea más justo, más legal y más republicano, resuelva en el plazo más breve y perentorio esta gravísima cuestión.

Según dice un colega, es preciso combatir las exageraciones de los intransigentes proclamando una República conservadora de todos los derechos y libertades.

«Con que una República conservadora...? ¿Qué bien dicen, que por el hilo se saca el ovillo...? Suponemos que los republicanos conservadores serán los llamados unitarios: nosotros vamos á permitirnos dirigir una pregunta, sobre la cual llamamos la atención de todos nuestros correligionarios.

«Los republicanos transigentes ó conservadores, son federales? ¿Los republicanos intransigentes, son ó no los verdaderos federales?»

Aquí está la cuestión y solamente aquí: ¿la voz pública afirma que viene una República á la francesa, apoyada por los republicanos unitarios ó conservadores; ¿quienes son aquí los únicos los legítimos, los verdaderos federales? ¿Los que venden su conciencia y abandonan su bandera, ó los que no transigen con nada ni con nadie que no sea la República democrática federal con todas sus legítimas consecuencias? Basta por hoy.

E. RODRIGUEZ-SOLÍS.

Editores propietarios, J. CASTRO Y COMPAÑÍA.

Madrid: 1872.—Imp. de R. LABAJOS, calle de la Cabeza, 27.